

Una alcaldesa feminista

(Monólogo)

Carlos Sáez Echevarría

PERSONAJES

PETRA

Se apagan las luces del teatro y un foco circular ilumina el proscenio. Se oye el fuerte murmullo de multitud de voces de mujeres. Sale PETRA del centro del escenario, abriendo el telón por la parte central y pide silencio en medio de una salva de aplausos. Hay un atril para colocar papeles y coloca su teléfono móvil y un maletín portátil sobre él. El auditorio de mujeres se calla.

PETRA.- Os preguntaréis las razones que he tenido para pedir os que me elijáis alcaldesa de esta ciudad. Pues bien, os lo voy a decir. Ha sido para poderos liberar de la pesada carga de los maridos machistas que tanto abundan en esta provincia. ¡Es necesario liberaros del yugo machista que tanto nos oprime a todas!

(Se oyen gritos de aprobación.)

Las últimas estadísticas efectuadas indican que de cada cinco matrimonios que se celebran en esta provincia, en dos de ellos el marido pega una vez por semana a la mujer. ¿Adónde vamos a parar, si las cosas continúan así? Esta situación puede empeorarse todavía más. Podría llegar el momento en que se leyera en las estadísticas que todas las casadas de Risco Agudo habían sido golpeadas por sus maridos. El machismo del hombre no para nunca de crecer y de aumentar, si no se le detiene.

(Se oyen gritos de aprobación y de protesta contra la brutalidad de los hombres.)

¡Mujeres de Risco Agudo, yo os conmino a que forméis todas un frente común! ¡Hay que luchar contra los hombres con sus mismas armas! Por cada bofetada que un marido pegue a su mujer en esta provincia y que haya sido denunciado a la alcaldía, nosotras todas como un solo hombre, iremos a pegar una bofetada al marido de la mujer ofendida.

(Se oyen gritos de aprobación y de protesta contra la brutalidad de los hombres. Suena el teléfono móvil que dejó sobre el atril. Lo coge PETRA y escucha durante unos momentos. PETRA se encoleriza.)

¡Eso será tu madre, canalla!... Me acaba de llamar un sinvergüenza, para insultarme y llamarme hija de puta. ¿Lo veis? Esta es la mafia de la que os he hablado antes. ¡No van a poder conmigo! ¡No me dejaré disuadir de mis propósitos! ¡Resistiré hasta el fin!

Así nuestra provincia será un ejemplo para el mundo de cómo la mujer debe tener los mismos derechos que el hombre en la cama. ¡La cama también es nuestra! Ellos deben hacer lo que nosotras les digamos y si no nos complacen, les echaremos de la cama y del hogar por inútiles.

(Se oyen grandes gritos de aprobación.)

Yo me casé a los quince años, porque decían que mi futuro marido tenía mucho dinero y que mi vida estaba así asegurada. Entonces no tenía idea de la vida. Pues bien, amigas mías, mi marido se casó conmigo porque tenía un problema sexual y quería tapanlo, convirtiéndome en una auténtica tapadera de carne y hueso.

(Exclamaciones de indignación en la sala.)

Mi marido era impotente. En la cama era como una estatua yacente de las que están en las catedrales. ¡Ni se meneaba el tío, se meaba solamente todas las noches, y yo me pasé veinte años de mi vida, durmiendo al lado de una estatua meona de alabastro en el sepulcro de una cama aborrecible! ¡No tenía ni remota idea de lo que era la sexualidad! Cuando murió la estatua yacente, ni se meneó siquiera.

¡Simplemente se quedó un poco más frío de lo ordinario y yo quedé liberada para siempre de su yugo! Si vosotras apoyáis mi candidatura a la alcaldía, yo os ayudaré a liberaros de tanto marido inútil, como hay por ahí, de tanto vago y bruto que sólo desean la explotación de las mujeres de esta provincia, como si fueran esclavas o burras de carga. ¡No y no...! ¡Mil veces no...! ¡La imaginación al poder!

Hay una mafia machista que está empeñada en eliminar mi candidatura a la alcaldía de esta ciudad y para conseguirlo han acudido a toda suerte de artimañas. Se me ha informado que a la hora de esta conferencia, se iba a organizar una marcha contra mí en el centro de la ciudad, pidiendo mi expulsión de la provincia por soliviantar a las mujeres contra los hombres.

Me han ofrecido dinero: ¡veinte millones de pesetas! También me han tratado de chantajear sexualmente. ¡Sí! ¡Como lo oís: sexualmente!

Todos conocen el poder de convocatoria que tiene mi palabra para las mujeres. Todos saben que yo puedo conseguir que decenas de miles de mujeres que habitan en esta provincia se levanten en armas contra los maridos machistas y los hijos machistas a los que alimentan diariamente.

¿Os imagináis la escena? Llega el marido machista a casa y pregunta a la mujer humillada por la comida. La mujer humillada le contesta: estoy cansada y no la he podido preparar.

Entonces el marido machista la zarandea y la insulta, llamándola inútil e imbécil; pero el caso es que ese día no come en casa. Al poco rato llega el hijo machista y le pregunta por lo mismo. La madre humillada le vuelve a decir que estaba cansada y que no había tenido tiempo para prepararla. El hijo va corriendo al padre machista para que chille y zarandee a la madre humillada, y para que no se vuelva a repetir la escena al día siguiente.

Para que estos abusos no se produzcan, la madre humillada tiene que fingir constantemente que está muy cansada y enferma. ¡Ay, que me duele mucho la espalda! ¡Ay que no puedo agacharme! ¡Ay, que tengo que ir al médico, que no me puedo tener en pie!

Al día siguiente se vuelve a repetir la misma escena con la diferencia de que el padre machista y el hijo machista ya no están tan violentos, porque están viendo que la cosa se puede complicar mucho para ellos y empiezan a cambiar de táctica. El padre machista se ofrecerá a fregar los platos, cuando acabe la comida y el hijo machista se ofrecerá a secar los platos al final de la comida.

Al cabo de unos días el panorama ha cambiado por completo. La madre humillada, ya no lo es tanto, cada vez un poco menos, y al final la victoria será para la mujer humillada: el padre machista le hará de vez en cuando un regalito a la madre para que no le resulte tan respondona, además de fregarle los platos de vez en cuando, y el hijo machista ya no se quejará tanto al padre, para que humille a la madre.

Me diréis que hay muchas mujeres que además de humilladas están maltratadas y este es otro problema que tenemos que solucionar inmediatamente. ¡Es el hombre el que tiene que recibir el mal trato de parte de la mujer! ¿Por qué? Pues sencillamente porque son unos seres indefensos que no saben vivir, no saben ni hacerse la comida, no saben cuidarse en las enfermedades, se llenarían de suciedad y de parásitos, si no tienen al lado a una mujer que les lave la ropa, les haga la comida y les cuide en las enfermedades. ¡Pero si ni siquiera tienen paciencia para cuidar de los niños, para soportar sus lloros y rabietas, y acabarían matándolos a palos a todos ellos!

¡Al hombre lo único que le interesa es practicar el sexo! Sólo ven en las mujeres su órgano sexual. No ven su inteligencia, su imaginación, su delicadeza, su ternura, su paciencia, su maternidad, su sensibilidad.

Por eso es necesario considerar a los hombres como seres inferiores y no dejar que nos dominen. Tenemos la obligación de enseñarles a ejercitar las obligaciones fundamentales que todo ser humano debe aprender para vivir, cuando viene a este mundo: a hacerse la comida y a lavar los platos, a limpiarse las camisas y los calzoncillos y a no esperar que lo haga su madre o su mujer, que bastante carga tienen con cuidar de los niños.

El caso de la mujer maltratada requiere soluciones drásticas. ¿Cómo se puede aguantar que un ser tan desvalido como el hombre, se atreva incluso a pegar a la mujer? Si me elegís alcaldesa de Risco Agudo, yo os prometo armar a todas las mujeres maltratadas casadas de la provincia con armas, para pegar dos tiros al marido, cuando este las ataque. ¡Así acabaríamos con el problema inmediatamente! ¡No haría falta acudir a la guardia civil! ¡Para eso las mujeres tendrían que ir pertrechadas con un látigo alrededor de la cintura y con un revólver colgando a un lado! Que si el marido intenta sobrepasarse, pegándola una bofetada, va ella y desenrolla el látigo de la cintura y le pega un latigazo al marido; que si el marido, abusando de su superioridad de fuerza física le sigue pegando, va ella saca el revólver, como en las películas del oeste americano y le pega dos tiros en medio de las pelotas.

(Se oyen gritos de asentimiento en el auditorio.)

¡Claro! Para esto habrá que reformar el código civil y el penal y todo lo que haga falta, pero lo que no se puede consentir es que los maridos machistas campen por sus respetos y hagan lo que les dé la gana con las vidas de las sufridas mujeres.

Si me escogéis a mí como alcaldesa, yo os prometo crear una oficina de la mujer maltratada, con un dispositivo de alarma que funcione las veinticuatro horas del día. La mujer maltratada no tendría más que accionar un interruptor, cuando presienta el ataque y la policía se presentaría inmediatamente en el piso para arrestar al marido asesino.

(Se oyen gritos de aprobación entre el auditorio femenino de la sala y vuelve a sonar el teléfono móvil que está sobre el atril. PETRA lo coge, se le nota muy encolerizada.)

¡Eso será tu madre, desgraciado, so cabrón...! ¡Otra vez me ha vuelto a llamar para insultarme y llamarme mamona e hija de puta...! ¡Conmigo no van a poder! ¡Os juro que voy a acabar con esta raza de cerdos que pululan por la provincia en muy corto plazo, si vosotras me ayudáis con vuestros votos!

Os he dicho antes que a mí, personalmente, se me ha tratado de chantajear sexualmente para que cesara en mi empeño de hacer que las mujeres se rebelen contra sus maridos machistas.

Enviaron a un chulillo de poco pelo para que me intentase enamorar y me quitase de la cabeza las ideas revolucionarias al conocer las delicias del amor. Me tenía que embelesar con besos y deleitar con abrazos, me tenía que dominar por completo, realizando el coito repetidamente. Este señor estaba pagado por una fundación machista secreta que trabaja bajo cuerda en nuestro país. Querían demostrar a la opinión pública que yo era una cualquiera que podía liarse con cualquier delincuente, practicando todo lo contrario de lo que predicaba en mis discursos feministas.

Se me presentó una tarde de junio en la playa y me llamó la atención por el tipo raro que tenía. Hacía alarde de bíceps enormes y se le veía amanerado y ficticio en todos sus ademanes. Me dijo que yo era la mujer más bella del mundo, que era riquísimo, que estaba dispuesto a gastarse toda su fortuna en mi felicidad. Tenía un castillo en Suecia, y enormes palacios en París y Londres. Sacaba billetes de dinero a montones de los bolsillos y me quería comprar todas las joyas que yo quisiese.

Me parecía tan raro que enseguida me puse en guardia. En la Oficina de Información de la Policía local me informaron que era un ladronzuelo de Barcelona que no tenía un duro. Seguramente estaba pagado para tratar de enamorarme.

Decidí aprovechar la ocasión y le hice comprarme varias joyas caras, prometiéndole que le dejaría hacerme el amor más tarde. Se trataba de un collar de brillantes y de una pulsera de zafiros. Naturalmente, el coste de estas joyas corrió a cargo de la fundación secreta, que intentaba chantajearme.

Una vez en posesión de las joyas, ideé el siguiente plan: habíamos planeado ir de vacaciones a Palma de Mallorca, donde tenía que dejarle hacerme el amor a pierna suelta. Allí me puse en contacto con una prostituta de mi misma estatura y estilo, con una cara muy parecida a la mía para que se metiera en la cama con él, después de haberlo emborrachado yo durante todo el día.

Estaba tan bebido que no se dio cuenta de la estratagema. Yo le observaba detrás de los cortinones del dormitorio.

Antes le había denunciado a la policía por haber robado aquellas valiosas joyas, ya que le sería difícil demostrar que con su dinero las había podido comprar, si no tenía un duro.

En el momento más apasionado de la refriega sexual, salí de detrás de los cortinones y les saqué unas cuantas fotografías. Se quedó patidifuso. No fue él quien me difamó a mí. Fui yo quien le denuncié a él.

Y es que, si las mujeres no andamos listas, los hombres nos pueden engañar con multitud de trucos.

(Se oyen voces afirmativas de mujeres.)

Y ahora cantemos todas el himno de la mujer explotada y oprimida.

(Dirigidas por PETRA, toda la sala se pone a cantar el himno siguiente, conforme a la línea melódica de Carlos Etxeba que se adjunta.)

¡No somos esclavas,
ni carne de placer!

¡No hemos venido al mundo
tan sólo a padecer!
¡Dejemos las cadenas!
¡Subamos al poder!

(Al final del himno se oye una gran ovación de aplausos y vítores. PETRA eleva varias veces los brazos en señal de agradecimiento. Suena el teléfono móvil y lo coge, escucha unos instantes.)

Me acaban de informar que la manifestación contra mi persona se acaba de situar delante de la puerta de salida de este teatro y que por motivos de seguridad es mejor que salgáis por la puerta de atrás del escenario. Os ruego que salgáis lentamente y sin gritar, para que no se produzcan altercados.

(PETRA saca del maletín portátil unas gafas oscuras y un pañuelo grande. Se pone el pañuelo alrededor de la cabeza y luego se coloca las gafas oscuras y se retira por una esquina del escenario detrás del telón. Se encienden las luces.)

FIN